

Marcos López

VERDAD/CONSECUENCIA



INTERZONA

VERDAD/CONSECUENCIA



Marcos López

VERDAD/CONSECUENCIA



INTERZONA

INTERZONA

López, Marcos
Verdad/Consecuencia / Marcos López. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Interzona Editora, 2017.
256 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-51-2

1. Arte Argentino. 2. Literatura Contemporánea. 3. Antología. I.
Título.
CDD 709

© Marcos López, 2017

© interZona editora, 2017
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición: Andrea Franco
Coordinación editorial: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Silvia Garrido
Corrección: Victoria Villalba
Producción Estudio Marcos López: Chechu Moziman
Composición de tapa: Victoria Villalba
Foto de tapa: "Piernas y botas" (Santa Fe, 1978). Marcos López
Retoque de foto: Iván Mansbach

ISBN 978-987-3874-52-9

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Como esos altares indios, en que se reverencia al Buda y a un Cristo; como esos creyentes musulmanes que –por no sé qué coincidencia fonética– llevan al cuello una portuguesa virgen de Fátima; como esos altares cubanos de 1960 en que los santeros, al lado de las piedras africanas, los santos católicos, los vasos de agua, los girasoles, los pasteles votivos y las espadas, subieron una foto de Camilo, una de Fidel, una del Che, y los hubo que hasta incorporaron a Marx y a Engels, pues bien, como esas fiestas sincréticas –que no excluyen nada, que creen que todos los caminos llevan a Dios– así es mi religión personal.

Severo Sarduy
Entrevista, 1970

TEXTURA DEL SUBDESARROLLO



LA PATRIA: UN EXORCISMO

En el Sur, en las salvajes pampas donde habito, todavía existen gauchos que, cuando tienen hambre, enfilan el caballo hacia alguna *vaca* particularmente despistada, de esas que se alejan del rebaño distraídas, y quedan solas, a diez o quince metros del grupo principal, se bajan a la distancia exacta para que la vaca no se espante, caminan despacito, murmurando, canturreando unas sílabas que justamente repiten la palabra vaca, con las “a” más alargadas, intercalando otras palabras como “quieeeeetaaaaa...”, “aacaaaa...” (diciendo vaca, pero en forma más gutural, sin la v corta). Como si el animal entendiera el idioma. En un momento la vaca deja de pastar y lo mira a los ojos. Piensa. Procesa la situación y confía. Se queda quieta, como hipnotizada. El gaucho le acaricia la parte central de la cabeza con la mano izquierda, se para bien, con las piernas entreabiertas, las rodillas un poco flexionadas, una pierna adelante pisando fuerte y la otra atrás, bien apoyada, y en un mismo movimiento la agarra de la oreja y con la otra mano saca el facón de la cintura, y en un solo movimiento le clava el facón en el cuello. La vaca cae y se desangra. Hace casi lo mismo que el torero, pero con una diferencia sustancial: el gaucho la traiciona. En la situación final, en el desenlace donde se paran frente a frente el toro y el torero, hay un par de segundos donde se miran a los ojos. El gaucho mira sesgado. Siempre el cuchillo atrás. Disimula. Se aprovecha de la confianza de la pobre vaca. Luego, ata el caballo a los mismos pastizales.

Busca un árbol. Junta ramas. Algún tronco más grueso. Pega unos gritos de triunfo para avisar a los amigos, hacen un fuego, se comen un pedazo de carne chamuscada, medio cruda, y dejan el resto a los caranchos. Mientras comen, toman tragos largos de aguardiente con el bocado a medio masticar. Se hacen buches. Escupen. Se ríen. Hablan al pedo. Disfrutan. Se emborrachan.

Esa es la primera imagen que se encarna en mi cuerpo cuando pienso en la palabra *patria*. Enseguida después viene el olor, la textura, la escena donde descubro el placer erótico, sensual, primario, profundamente bello que encierra el mestizaje. La América profunda. Casi india: una empleada doméstica, Odolina, que se termina de bañar en el fondo, en un bañito que había en el patio, en la casa de mi primera infancia en Gálvez. Se peinaba, se desenredaba los cabellos lacios negros azabaches, mojados, con la cabeza gacha, hacia adelante, con las piernas un poco abiertas y en chancletas. Recuerdo el olor a champú barato, a campo, a mañana de vacaciones de verano y me fascina. Luego me conecto con una tarde de mucha humedad, calor de otoño en Santa Fe, más o menos a los dieciséis años, saliendo del cine Chaplin. El único cine club de Santa Fe. Quedaba al fondo de una galería comercial oscura, deprimente, donde fui a ver *Stalker, la zona* de Andréi Tarkovski. Salí del cine como levitando.

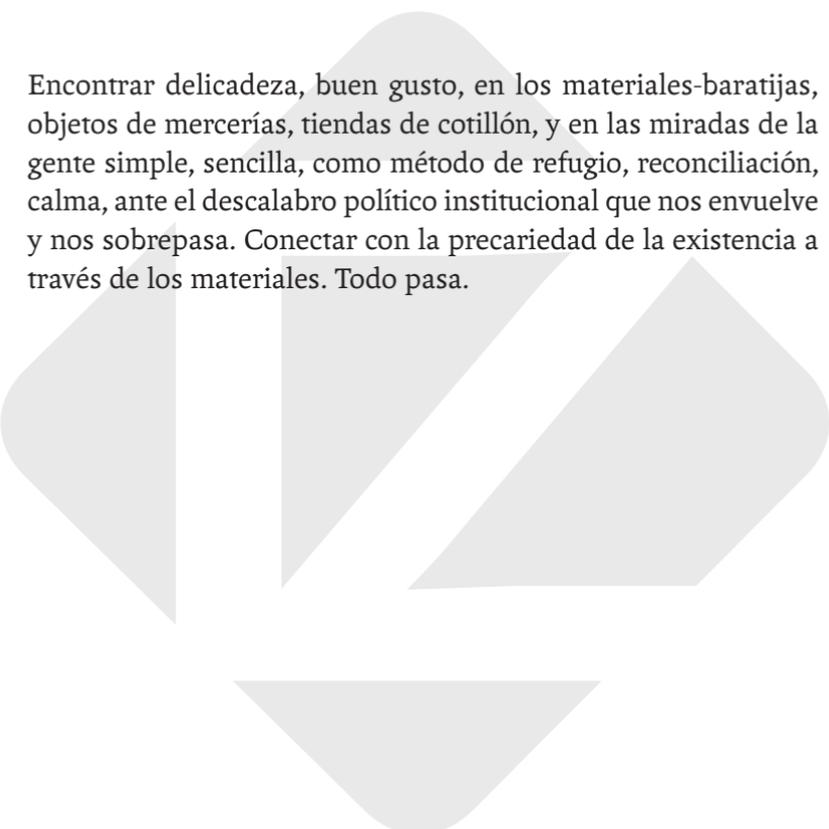
En esas cuadras, del centro hacia mi casa de la calle Güemes, creo que fue el momento donde tuve la idea –un borbotón desordenado de imágenes borrosas– donde seguramente conecté con un estado de conciencia primario, una dimensión diferente al razonamiento cotidiano y me di cuenta de que quería ser artista. O que ya era un artista: alguien que tiene la necesidad imperiosa de hablar de lo que siente. Hablar todo el tiempo de sí mismo. De mí mismo. De mi entorno: esa calle brumosa, el cine pegajoso, la costanera, la laguna... De lo

frustrante que resulta constatar día a día la imposibilidad de construir un país más digno, más justo, más solidario.

Dejar un registro, un legado. Exorcizar. Dejar constancia.

Radar (Página/12), domingo 3 de marzo de 2013.





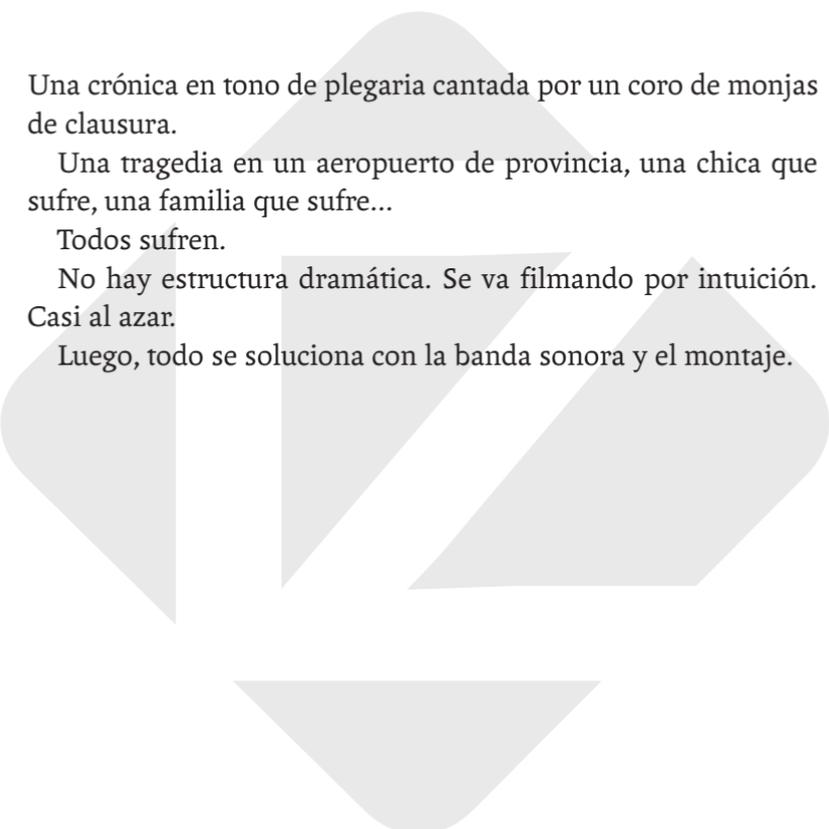
Encontrar delicadeza, buen gusto, en los materiales-baratijas, objetos de mercerías, tiendas de cotillón, y en las miradas de la gente simple, sencilla, como método de refugio, reconciliación, calma, ante el descalabro político institucional que nos envuelve y nos sobrepasa. Conectar con la precariedad de la existencia a través de los materiales. Todo pasa.

Nota del editor: los textos que no tienen la referencia a la fecha y lugar de su publicación original fueron posteados en <https://www.facebook.com/MarcosLopezARG> entre los años 2012 y 2016.

Primero viene la acción, el impulso, y después uno piensa, ata cabos, hace relaciones. El acto creativo tiene que ver con la ansiedad y la imposibilidad de estar sin hacer nada. El miedo al olvido. La necesidad de taconear en el escenario que tienen los bailaores flamencos.

Me vino una imagen de los parques de diversiones que paraban en las afueras del pueblo de mi infancia, en los descampados, todo de chapas descoloridas, machucadas, donde había estands” separados por lonas verdes. Había un juego que se llamaba “Voltear al muñeco”. Un muñeco de medio metro de alto, elástico, de material plástico, con forma de arquero, con un peso en la base, y los muchachos le tiraban penales, pelotazos de fútbol. Desde la mirada infantil, puedo ver a esos muchachos, con la cerveza en la mano, a los gritos, tratando de pegarle al arquero. Le daban el premio al que lo volteaba. Era imposible.

Puedo decir, y perdón por terminar hablando siempre de mí mismo, que esos parques de diversiones y la decoración de los actos patrios de la escuela donde daba clases mi madre, mi propia escuela, los carnavales del pueblo, las carrozas, marcaron el camino de lo que se da en llamar “la identidad visual” de mi obra. La textura del subdesarrollo.



Una crónica en tono de plegaria cantada por un coro de monjas de clausura.

Una tragedia en un aeropuerto de provincia, una chica que sufre, una familia que sufre...

Todos sufren.

No hay estructura dramática. Se va filmando por intuición. Casi al azar.

Luego, todo se soluciona con la banda sonora y el montaje.

Mi tía Delia, que se crió en el campo, contaba que sus padres a los doce años la mandaron en un tren, sola, a estudiar pupila a un colegio de monjas y hasta la Navidad siguiente no la vieron. Así estuvo, hasta que se recibió de maestra, a los dieciocho años.

Mi madre se quedó huérfana cuando tenía seis años. No podía entender por qué su mamá se había muerto, en un cuarto que ella recuerda como muy grande, blanco, soleado, cuando le habían contado el dicho popular: “Donde entra el sol, no entra el médico”. Es muy emocionante escucharla contar ese relato. Lo cuenta como algo natural. Con asombro. Sin tristeza. Luego la criaron dos tías solteras, su tía Juana y su tía Lola, hermanas de mi abuelo José Rodríguez. Inmigrantes españoles que llegaron a América desde Galicia a principios de siglo xx. Juana se casó ya grande con un sobreviviente de los campos de exterminio de la Alemania nazi, Denny Lichtenstein. Lola se quedó soltera. Mi abuela paterna también llegó de España. María Bezos. Modista. Enviudó cuando mi papá tenía cinco. Apenas llegó, se casó con un criollo, de tez aceitunada y pelo lacio renegrido. Pedro López. Cartero. Oriundo de Santa Fe. Mi abuela era una modista que llegó a tener diecisiete oficiales –así se les decía a las ayudantes–, y les hacía los vestidos de fiesta a las mujeres de la alta sociedad santafecina. Trabajaba de sol a sol. Nunca se volvió a casar. Ya de vieja, en los años 60, a mis primas les hacía un vestido largo, de fiesta, en una tarde. Las chicas compraban la tela el viernes, para la fiesta del sábado a la noche. Dice mi

padre que mi abuela cortaba la tela sin molde. A ojo. Casi sin tomar las medidas.

Estas escenas están en mí. Soy eso. Las marcas a fuego de las más íntimas emociones personales se conjugan con el devenir de un pueblo y así se forma lo que llamamos identidad cultural. Entre las grandes “causas” y el llanto contenido de una joven en la soledad infinita de un claustro de monjas, añorando un abrazo materno, un domingo a la noche.

Así somos. Nietos mestizos de criollos con gallegos, tanos, judíos rusos, polacos, que a fuerza de la prepotencia del trabajo se empeñaron en construir un país en estas salvajes pampas, donde el gauchaje estaba acostumbrado a matar una vaca para comerse un par de bifés y dejar el resto a los caranchos. A mí no me gusta la prepotencia. Ni del trabajo de ni de nada. Tampoco me gustan los gauchos sabelotodo, que miran de reojo y se ríen si uno se sube al caballo con la pierna equivocada. Yo soy zurdo. Y estoy seguro de que al caballo le da lo mismo. Me gusta perder tiempo. Buscar refugio en la escritura. Que nadie me moleste y así poder estar en paz comulgando con mis ancestros, con mis otros yo. Con mis muertos. Con los amores que no han sido, con los que están y con los que no serán. Recordar mi juventud en Santa Fe: salgo a caminar después del almuerzo desde mi casa de la calle Güemes, bajando por Balcarce hacia el puente colgante, cortando camino por abajo de la autopista, un día de otoño húmedo, con cielo gris, con las olas de la laguna que rompen pegando sobre la baranda, salpicando agua, haciendo el clima insoportablemente pegajoso. Me quedo un rato largo. Me apropio de ese lugar de nadie para poder ser libre. La fotografía tiene relación directa con la melancolía. Con la muerte. Es una frase hecha. Estaba evitando decirla pero se tipeó casi sola.

Años más tarde, tuve la misma sensación en Cuba. Me identifiqué con la gente que se sienta a mirar el mar en el malecón de La Habana. Parejas, niños, viejitos, gente sola. Algo complejo,

de mucha belleza. La misma sensación melancólica de lejanía, de desear otra cosa... La ilusión de sentir que esa laguna marrón llena de camalotes estancados, que estaba a cuatro cuadras de mi casa, que sin mucho esfuerzo, y aunque hubiera bruma, dejaba ver nítidamente la otra costa, era el mar. El inmenso mar. Todos los mares. La vida por delante: Esparta, Atenas, Troya, Ulises, los barcos negreros de esclavos africanos llegando al norte de Brasil, los barcos piratas del Caribe, la balsa Kon-Tiki desafiando las tormentas del Pacífico Sur, los conquistadores, los vikingos, yo mismo reencarnado en la figura de Fernando de Magallanes, desahogado, dando órdenes, sofocando motines, loco de hambre y de pasión, embriagado de vanidad y de estúpido poder, cruzando glorioso las aguas del estrecho y descubriendo, sin saber, Tierra del Fuego.

Publicado en www.marcoslopez.com, 2008.

Los violines de la chacarera santiagueña suenan siempre un poco desafinados.

A propósito.

Para que la música suene bien en el volumen saturado de las radios de los camioneros, en las radios con poca pila de los ranchos del monte, en los bailes de clubes cancha de básquet-tinglado de zinc.

Para darle una textura acorde al calor salvaje de las siestas, a los manteles pegoteados de los bares de ruta vino tinto-ginebra-caña Legui.

A los zapatos viejos, ajados y relustrados de las maestras que ganan dos pesos y esperan el colectivo en la puerta de esos mismos bares.

A sus medias de nylon-hebillas-pulseras que hacen juego.

Suenan un poco desafinados por que sí.

Para convocar a las iguanas y a los duendes.

Porque las cuerdas son baratas.

Por no saber tocar mejor.

Por tener vagancia de afinar si total para qué.

Para que la música se impregne del resentimiento y el orgullo que conviven en el mestizaje.

Para acompañar a los borrachos que cantan a destiempo.

Para ser coherentes con el desaliño de la periferia.

Para mostrar la hilacha.

Para matizar con un poco de humor tantas ausencias y tanto dolor.

Pop Latino. Buenos Aires, la marca editora, 2000.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA